

## **Discurso del P. Andreu Oliva en el acto de nombramiento como nuevo rector**

Queridas amigas y amigos de tantos años, amigos y amigas de la UCA, queridos compañeros jesuitas y queridos miembros de la Junta de Directores que nos acompañan en este momento importante para la UCA y muy especial para mi vida, gracias por estar aquí; su presencia es una poderosa fuente de ánimo.

Es un gran honor para mí haber recibido la confianza de la Compañía de Jesús y de la Junta de Directores de la Universidad al nombrarme rector de esta prestigiosa universidad. Les agradezco mucho la confianza que han depositado en mí y les aseguro que pondré toda mi ilusión, empeño, saber y lo mejor de mí al servicio de tan alta responsabilidad.

Les puedo asegurar que jamás había pasado por mi mente que esto pudiera ocurrir y mucho menos que lo haya pretendido. La UCA ha tenido como rectores a hombres de una talla humana e intelectual excepcional. Todos ellos han sido personas de gran altura (y no me refiero a la estatura física de Chema o del P. Luis Achaerandio); personas que han marcado a la institución y al país con sus grandes aportes, con su inteligencia, su humanidad, su lucidez en los momentos más difíciles de nuestra historia, su valentía y generosidad hasta dar la vida martirialmente, como lo hizo el P. Ignacio Ellacuría. Ante todos ellos me siento muy pequeño, porque considero que no tengo ni la inteligencia, ni la sabiduría, ni la talla humana de ninguno de los que me han precedido. Es por ello que me resistí tanto como pude a aceptar esta enorme responsabilidad.

No pretendo en este día hacer un discurso programático; más bien deseo compartir con ustedes cómo me veo en este momento y cómo asumo esta gran responsabilidad.

El jueves recién pasado me tocó realizar mi primera tarea como rector. Aún sin haber recibido oficialmente el cargo, participé como futuro rector en la actividad organizada por el Centro de Admisiones para los estudiantes de nuevo ingreso que ya están realizando su curso preuniversitario. Me tocó explicarles la misión de la UCA, su inspiración cristiana y las funciones sustantivas de esta universidad. Al preparar mi charla, caí en la cuenta de qué tan especial es esta Universidad y del gran privilegio que es ser parte de la misma. Y traté de transmitirles esto a los estudiantes, mostrándoles de la mejor manera que pude que están en una universidad que es distinta de la mayoría de las universidades del mundo, porque tiene un claro compromiso con las mayorías de nuestro país y con la transformación social a favor de ellas en dirección a la utopía del Reino de Dios, tal y como lo presentó y realizó Jesús de Nazaret. Además, todo ello ha sido sellado y ratificado con la sangre martirial. Trabajar y estudiar en la UCA es un gran privilegio y no podemos desaprovecharlo.

En el turno de preguntas, los nuevos estudiantes me hicieron dos que me sorprendieron mucho y que quiero compartirlas con ustedes. Un estudiante me preguntó por qué había sido nombrado rector, qué cualidades tenía y que me hacía falta para el cargo. Le tuve que responder que no sabía por qué me habían nombrado rector, que debía preguntarles a los miembros de la Junta Directiva qué cualidades habían visto en mí para nombrarme. Lo que sí pude responderle es que me hacía falta conocer más a la Universidad y a su gente, ya que en solo dos años de estar en ella tenía un conocimiento muy limitado de la misma; y que me hacía falta más sabiduría para poder tener en los momentos cruciales la acción y la palabra oportunas, adecuadas y las más acertadas para el bien del país y de su pueblo. No se lo dije a ellos, pero soy muy consciente —y no está demás que lo comparta con ustedes— de que sobre todo me hace falta la inteligencia y clarividencia del P. Ellacuría y el carisma y don de gentes del P. Tojeira.

La otra pregunta fue qué me anima en mi futuro como rector. Sin pensarlo, porque me brotó espontáneamente, respondí que me anima la gran admiración que siento por la UCA, su historia y

su gran compromiso con El Salvador y con la transformación social; su cercanía y su opción por los pobres; el valioso equipo de personas que han trabajado y trabajan en ella, y que desde sus diferentes ámbitos realizan su misión. Contesté que me anima mucho el poder servir al pueblo de El Salvador y a los mismos estudiantes, quienes me contagian su juventud e ilusión.

También me anima, y mucho, todas las palabras de aliento y confianza que he recibido desde que se conoció la noticia de mi nombramiento como futuro rector. Aprovecho para agradecerles este apoyo a los que me lo han manifestado explícita o implícitamente.

Pero hay algo que viene de mucho más lejos y que quisiera compartirles, aunque lo hago con cierto pudor, pues es muy personal. Cuando mataron a los padres jesuitas, Elba y Celina, yo era novicio jesuita de segundo año y estaba en Puerto Rico. Allí, a media mañana del 16 de noviembre, recibimos la noticia de su asesinato. Aunque la mayoría de los jesuitas que allí estábamos no los conocíamos mucho, quedamos muy impactados. En mi caso, fue un golpe muy duro, porque era parte de esta provincia centroamericana y sentí muy cercano todo. El maestro de novicios nos dio el resto del día libre, pues estaba muy afectado, ya que él los conocía bien. Yo me sentía muy triste y desolado, estaba lejos de mis compañeros, no sabía qué hacer. Finalmente, opté por pasar muchas horas en la capilla, tratando de orar y de entender.

Poco a poco fui comprendiendo que sus muertes no eran una casualidad, que se explicaban perfectamente por su compromiso con la justicia y con la liberación. Su trabajo a favor del cambio estructural en El Salvador y su oposición al poder opresor había llegado a ser insoportable para los poderosos. Ellos se lo habían buscado, así como se lo buscó Jesús con su opción de vida tan clara y comprometida en la lucha contra el mal, y pagaron el precio con sus propias vidas. Sentí entonces un enorme orgullo de que en la orden a la que estaba entrando hubiera personas de semejante calidad, y allí se confirmó sin duda alguna mi deseo de ser parte de este cuerpo apostólico generoso y valiente.

En algún momento de ese día, me brotó en la oración ofrecerme a Dios para colaborar con la UCA para tratar de darle continuidad a lo que ellos habían hecho, y eso me dio mucha paz. Pero a pesar de esa paz, que podía entenderse como confirmación de lo que Dios quería de mí, no dije nunca nada a mis superiores religiosos.

Esto era un cambio importante en mi vida, pues yo, antes de entrar a la Compañía, ya había trabajado en universidades, en Barcelona y en Managua. Pero al decidir ser jesuita, ya no quería seguir en una universidad, quería trabajar directamente con los más necesitados, en lugares lejanos y pobres, compartiendo la vida de los desposeídos, viviendo con ellos y como ellos. Quería insertarme de lleno en la realidad.

De hecho, eso le pedí a Chema cuando, al terminar mis estudios de teología acá en la UCA, como provincial le tocó darme el primer destino apostólico. Y me lo concedió por un año, que gracias a Dios se convirtieron en cuatro. Y en la provincia todos sabían que yo quería este tipo de misión. Por ello, cuando estando en Tocoa, Honduras, el socio del provincial me llamó para comunicarme que me destinaban a la UCA de Managua, previamente me dijo que me sentara, y me avisó que debía estar preparado para estar disponible y aceptar la misión que se me daba, aunque me costara.

Entonces, como ahora, me brotó con fuerza el recuerdo de ese momento del 16 de noviembre de 1989 que les he contado y me nació un fuerte deseo de responder con generosidad a la misión que se me encomendaba en la universidad. Lo más hermoso es que he descubierto que mi rechazo inicial al trabajo universitario era por el tipo de universidades en las que estuve. No había descubierto que existía otro tipo de universidad, como el de la UCA, con su misión tan claramente definida a favor de la transformación social, y con todo el trabajo que desde ella se hace de proyección social y de investigación aplicada a favor de los excluidos. Con este tipo de

universidad sí puedo seguir siendo fiel a ese deseo de trabajar por los pobres y por la justicia, que antes no había encontrado ni en la Escuela de Ingenieros de Barcelona ni en la Universidad Nacional de Ingeniería de Nicaragua.

Para terminar, porque creo que ya me he alargado mucho, quiero citar una frase de monseñor Romero, publicada en el cuaderno *El corazón de monseñor Romero* del Centro Monseñor Romero. Estas palabras del arzobispo mártir reflejan cómo me siento en estos momentos y cómo creo que la UCA debe actuar para seguir aportando e incidiendo en la transformación de El Salvador: “Yo no soy técnico, ni en sociología ni en política, ni en organización; simplemente soy un humilde pastor que les está diciendo a los que tienen la técnica y el conocimiento: únanse, pongan al servicio de este pueblo todo lo que ustedes saben; no se encierren, aporten. Entonces sí se practicará el derecho, se hará la justicia”. Monseñor Romero nos sigue inspirando y dando claves para que como UCA podamos aportar a un nuevo El Salvador.

A partir de hoy, nuestra Universidad tiene un nuevo rector, pero la UCA no es el rector, sino todos y todas los que en ella trabajamos y estudiamos. El cambio de rector no significa un cambio de misión ni de línea. Ya saben que me siento muy comprometido con la misión actual de la UCA y con el Plan Estratégico que nos guía desde inicios del año 2009. En este caso, el cambio de rector es un cambio de persona, con un carácter, cualidades y limitaciones diferentes, con modos de trabajo distintos, pero con el deseo de seguir caminando en la misma dirección y siguiendo nuestro carisma ignaciano de buscar cada día el *magis*, buscar siempre la mayor gloria de Dios. Ello supondrá, seguramente, cambios en la forma de organizarnos, de participar, de proceder, buscando ser a la vez creativos y fieles al legado que hemos recibido de nuestros mártires, para responder de la mejor manera posible a la realidad de El Salvador de hoy y de los años venideros.

Siento que este es el reto más grande que he tenido en mi vida. Solo no seré capaz de afrontarlo; necesito de la colaboración y la participación de todos ustedes. Por mi parte, les ofrezco mi ilusión, mi entrega y todo mi apoyo para que podamos seguir avanzando en nuestro compromiso universitario con la verdad, la justicia, la libertad y la vida con dignidad de nuestro pueblo.

Antiguo Cuscatlán, 8 de enero de 2011